

que su cooperacion pasiva. Habia recibido orden de hacer que saliese del seno de la junta y de los consejos de Castilla y de Indias, la peticion formal de José Bonaparte para rey de España, lo cual era demasiado para la debilidad de unos, y los interesados calculos de otros. Dejar que sucumbiesen los derechos de la casa de Borbon, sin incurrir en la responsabilidad de un cambio de dinastia, era cuanto podia esperarse de ellos. Comprometerse por un principe nuevo, con condicion de hacerlo á su vista y grangearse de este modo su favor, hubiera podido convenir á los ambiciosos; mas no les convenia contraer compromisos por un principe ausente, desconocido, y que no era testigo del celo que se desplegaba en servirle.

Murat encontró, pues, muy frios los ánimos, cuando propuso á la junta que se pusiera de acuerdo con los consejos de Castilla é Indias, para llamar á José Bonaparte al trono de España. Unos no ocultaron sus temores, y otros su poco celo por los intereses de un rey ausente. Aquello no podia menos de lisonjear las secretas inclinaciones de Murat, porque era evidente que hubiera sido mas fácil obtener de las autoridades españolas la iniciativa si se hubiese tratado de él, ya porque agradaba, ya porque se encontraba en medio de ellos. Mas no por eso dejó de insistir vivamente con las autoridades españolas para arrancarlas lo que tenia encargo de obtener.

Los consejos de Castilla y de Indias, que bajo algunos aspectos correspondian á lo que eran antiguamente en Francia los parlamentos, habian procurado siempre estender los limites de sus

atribuciones, pero entonces no siguieron el mismo sistema; antes por el contrario, trataron de restringirlos oponiéndose á la pretension que se les queria sugerir de tocar á los derechos del trono, y decidir si una dinastia debia bajar de él y subir otra. Sin embargo, despues de muchas y activas negociaciones en que sirvió de mediador el marqués de Caballero, los consejos de Castilla é Indias se prestaron á declarar que en el caso de que Carlos IV y Fernando VII hubiesen renunciado definitivamente sus derechos, el soberano que creian mas capaz de hacer la felicidad de la España era el principe José Bonaparte, que con tanta sabiduria reinaba en una parte del antiguo patrimonio español, en el reino de Nápoles. Así los consejos no tomaban sobre sí la responsabilidad de juzgar sobre los derechos de Carlos IV y Fernando VII, sino que en caso de vacante del trono bien reconocida, manifestaban una preferencia que en último resultado no era mas que una muestra de alta consideracion á uno de los principes mas estimados de la familia Bonaparte.

Murat envió aquel resultado á Napoleon, sin disimularle el trabajo que le habia costado obtenerle, y las dificultades particulares que encontraba un candidato ausente. Era muy facil comprender que experimentaba una especie de satisfaccion al ver suscitarse contra la candidatura del principe José, objeciones que podrian hacer renacer la suya. Napoleon, que no tenia costumbre de contemplarle, no quiso, sin embargo, irritarle en momentos en que tanto necesitaba de su celo, y se contentó con dirigir á Mr. de Laforet la mas violenta y menos justa de las reprensiones, di-

ciéndole que se le había colocado al lado del príncipe Murat para darle buenos y saludables consejos, y no para lisonjear sus inclinaciones; que la incertidumbre que se observaba en Madrid, solo provenia de la debilidad con que se había obrado con las autoridades españolas; que el gran duque de Berg se alhagaba con la esperanza de reinar en España, y que su conducta se resentía de ello; que era preciso destruir aquella ilusion, porque nadie en España pensaba tomarle por rey; que jamás se olvidaría que había sido el autor de la trama que acababa de despojar á la familia real, y que era el general que había mandado metrallar al pueblo el 2 de mayo; que un príncipe extraño á todos aquellos actos, sobre el que no pesase ningun recuerdo de intriga ó de rigor, sería mucho mejor recibido, y que la recompensa de sus servicios, la encontraría el príncipe Murat en el reino de Nápoles, que quedaba vacante por el buen éxito de lo que se hacía en Madrid. Esta reprension, dirigida á Mr. de Laforet para que participase de ella Murat, era para éste el triste premio de su complacencia en secundar una maquinacion odiosa; triste premio, decimos, pero bien merecido, porque así deben ser tratados todos los que prestan su cooperacion á culpables designios.

Después de manifestar su descontento á Murat por este medio indirecto, Napoleon pensó que hasta que llegase el día de la proclamacion de la nueva dinastía, era necesario emplear las semanas que tenían que trascurrir, en preparar la reorganizacion administrativa de España. Quiso escusarse á los ojos de los hombres políticos de todos los países del acto que acababa de cometer, empleando

maravillosamente los recursos de España, y ningun hombre, forzoso es confesarlo, era mas capaz que él de reparar por el modo de reinar, un atentado cometido para ocupar el trono. Los proyectos que formó, y que la España desconcertó por su obstinada y generosa resistencia, fueron los mas vastos y mejor combinados que concibiera en su vida.

Comenzó por mandar que se le remitiesen á Bayona todos los documentos de que disponia la administracion española relativos á Hacienda, Guerra y Marina. Eran bien pocos; porque como ya hemos dicho, los ingresos eran un secreto del ministro de Hacienda, hechura del príncipe de la Paz. La distribucion del ejército y marina, su situacion, sus recursos y sus necesidades, permanecian en la esfera de los hechos locales, que apenas se conocian en la administracion central de Madrid. Cuando Murat pidió para el emperador un estado de la marina, se le entregó un calendario impreso. Pero Napoleon no era hombre que se contentaba con semejantes documentos. Hizo que se dirigiesen á los señores Ofarril y Azanza, ministros de Guerra y Hacienda, y principales personajes de la junta, palabras de aprecio y aun lisonjeros cumplidos que pudieran hacerles esperar gran favor en el nuevo reinado, y les pidió inmediatamente un trabajo exacto y concienzudo sobre todos los ramos del servicio público. Mandó que sin dilacion alguna se enviasen ingenieros á todos los puertos, y oficiales á los diversos cuerpos de ejército para tener documentos positivos sobre cada objeto. Los españoles no estaban habituados á semejante actividad y á tan rigurosa exactitud; pero

se movieron por fin á impulsos de aquella poderosa voluntad de que Murat les trasmitia en cada correo una nueva prueba, y enviaron á Napoleon un cuadro del estado de la monarquía, cuadro que ya hemos dado á conocer. Cosa singular!... al pedir aquellos documentos, el emperador decia á Murat: los necesito, primero, para las medidas que tengo que adoptar, y despues para demostrar algun día á la posteridad en que situacion he encontrado la monarquía española. Asi es, que él mismo conocia que para justificarse tendria que mostrar el estado en que encontraba la España, y en el que esperaba dejarla. La Providencia vengadora no queria concederle mas que la mitad de aquella justificacion.

La primera y mas urgente necesidad de la España, era la de dinero. Murat no tenia con que pagar el prest á las tropas, ni podia enviar á los puertos los fondos indispensables para botar al agua algunos buques. Fernando VII habia podido disponer á su advenimiento de algunas sumas en metales que pertenecian á la Caja de consolidacion ó al príncipe de la Paz, y que se habian detenido cuando la córte se preparaba á marchar á Andalucia. Las habia empleado en varias prodigalidades, y lo que todavía era mejor, en pagar á los censualistas del estado algunas cantidades á buena cuenta, de que tenian gran necesidad, y que estaban aguardando hacia muchos meses. Pero ya nada habia quedado, y Murat reducido al mayor apuro, tenia que tomar de la caja del ejército francés lo necesario para sus gastos personales: en tan critica situacion, habia puesto en conocimiento de Napoleon el deplorable estado de la hacienda,

y pedido con urgencia un socorro pecuniario, contando con las riquezas que la victoria habia puesto en manos del emperador. Pero éste, temiendo disipar un tesoro que destinaba á recompensar al ejército en caso de una prosperidad sostenida, ó á crear grandes recursos defensivos en caso de reveses, le contestó que no tenia dinero, respuesta que daba siempre á los que se dirigian á él, á menos que no se tratase de obras de beneficencia. Convencido bien pronto, de que la España estaba mas desprovista de lo que él habia supuesto, retiró su negativa y se decidió á socorrerla, lo cual era el primer castigo de haber querido apoderarse de ella. Sin embargo, trataba de ocultar su mano aun cuando hacia un beneficio, porque sabia muy bien que no se apresurarian á pagarle si solo él era el acreedor. Imaginó, pues, hacer que el Banco de Francia prestase á la España cien millones de reales, sobre los diamantes de la corona que Carlos IV debia haber dejado en Madrid. Las principales de aquellas pedrerías no se encontraron porque se las llevó la reina, pero Napoleon no por eso dejó de concluir aquella operacion rentística, con condiciones razonables que obtuvo del banco con tanta mas facilidad, cuanto que no era mas que un testafarro del tesorero de ejército. Estipulóse secretamente con el gobernador del Banco, que Napoleon suministraria los fondos, y correria todas las eventualidades del préstamo, pero que él obraria con toda la precaucion y las exigencias de un acreedor que obraba por su cuenta. Para no perder tiempo Napoleon hizo entregar inmediatamente muchos millones al tesoro de España, por medio de los valores metá-

licos que habia reunido en Bayona. De este modo su activa prevision abreviaba las dilaciones ordinariamente inseparables de todas las transacciones de esta especie.

Con este primer auxilio, tanto mas eficaz cuanto era en dinero, y no en vales reales, (papel moneda creado en tiempo del príncipe de la Paz, que tenia el quebranto de cincuenta por ciento), pagó algunos atrasos á los funcionarios públicos y al ejército; pero reservó la casi totalidad de los recursos para el servicio de los puertos, que procuraba restablecer mas que ningun otro.

Aunque no previese una insurreccion general de la España, particularmente con lo que Murat le escribia sin cesar, Napoleon desconfiaba no obstante del ejército. En su consecuencia mandó una distribucion que ejecutada á tiempo, hubiera evitado muchas desgracias. Habia manifestado deseos de que se alejasen de Madrid las tropas del general Solano, y que se enviasen á Andalucía. Renovó aquella orden, pero previno que una parte de ellas se dirigiese al campo de San Roque frente á Gibraltar, y la otra á Portugal para emplearla en las costas, en donde debian ser mas útiles que peligrosas, aun cuando estuviesen á vista de los ingleses. Mandó que la primera division del general Dupont emprendiese sin demora su movimiento desde el Escorial á Toledo, y desde esta ciudad á Córdoba y Cadiz, para proteger la escuadra del almirante Rosily, que le inspiraba serios temores, desde que era ya conocido el cambio de dinastia. Al mismo tiempo mandó que la segunda division del general Dupont se situase en Toledo, para hallarse pronta á socorrer la primera, y la tercera en

el Escorial para sostener á las otras dos. Ademas adoptó otras varias disposiciones para reforzar al general Dupont. Agregó á su primera division mucha artillería, dos mil dragones y cuatro regimientos suizos que servian en España, no dudando que se envanecerian mas de servir á Napoleon que á Fernando VII. Pero al escribir á Murat añadía, que si predominaba en los suizos la opinion francesa se conducirian bien, y mal si predominaba la española. Mandó, pues, reunir en Talavera los dos regimientos de Preux y de Reding, que habian formado parte de la guarnicion de Madrid, para colocarlos en el camino del general Dupont con quien debian incorporarse al paso. Dió tambien orden para que se reuniesen en Granada los dos regimientos suizos que estaban en Cartagena y Málaga, desde donde debian reunirse en Andalucía con el general Dupont. Previno igualmente al general Junot que dirigiese á las costas de Portugal las tropas españolas, que retirase de ellas las francesas, y enviase dos divisiones una á Almeida, hacia Castilla, y otra á Elvas, hacia Andalucía. El general Dupont debia, pues, contener á la Andalucía con diez mil franceses de su primera division, cuatro ó cinco mil de la division enviada por Junot, y cinco mil suizos. Los españoles reunidos en el campo de San Roque debian incorporarsele y proteger en comun los intereses del nuevo orden de cosas, contra los ingleses y españoles descontentos. La escuadra del almirante Rosily no tenia de este modo nada que temer.

Napoleon dió asimismo orden para que se enviase á las islas Baleares, á Ceuta y á otros presidios de Africa, una gran parte de las tropas es-

pañolas del Mediodía, para que custodiaran bien aquellos importantes puntos contra cualquier ataque de los ingleses, y que quedasen en la Península el menor número posible de tropas españolas. Hizo que una division marchase hacia el Norte, es decir, hacia el Ferrol, para una espedicion á las colonias, cuya importancia y objeto vamos á ver bien pronto. Y por último previno á Murat que dispusiese que cierto número delas que se hallaban en las cercanías de Madrid, se dirig esen porel camino de los Pirineos, para prepararlas poco á poco á pasar á Francia bajo pretexto de ir á compartir la gloria de la division del general la Romana, en una espedicion de Escania contra los ingleses y suecos. La misma disposicion se adoptó con respecto á los guardias de Corps, que habian manifestado tanto odio al príncipe de la Paz, y tanto amor á Fernando VII, y de quienes por este motivo debia sospechase mucho. Una campaña en el Norte al lado del ejército francés, era el incentivo que se les ofrecia, dándoles á escoger entre aquella mision gloriosa y su licenciamiento. Seguramente era imposible idear una distribucion mas hábil, porque diseminadas las tropas españolas por las costas de la Península, Africa, América, y el norte de Europa, y sobre todo, colocadas bajo la vigilancia del ejército frances, no podian ser temibles. Desgraciadamente bien pronto el arrojó unánime de un gran pueblo iba á desconcertar las mas profundas combinaciones del genio.

Siguieron despues las disposiciones relativas á la marina. El principal cuidado de Napoleon en aquellos primeros momentos fué garantir á las colonias españolas de los peligros de una insurreccion, atraer-

se de este modo la voluntad de los españoles poniendo á cubierto los intereses que mas apreciaban, y exaltar su imaginacion realizando por fin los vastos proyectos marítimos que meditaba desde la paz de Tilsit, mas para los cuales le habia faltado tiempo, y la franca cooperacion de la España.

Napoleon comenzó por mandar que se multiplicasen las comunicaciones tanto con las colonias francesas como con las españolas. Para ello, hizo salir de Francia, Portugal y España barcos que llevaban proclamas llenas de las mas seductoras promesas, escritos de todas las compañías del comercio, que confirmaban aquellas promesas, comisionados encargados de repartírlas, y en fin, socorros de armas y municiones de guerra, cuya urgente necesidad habian revelado los últimos acontecimientos de Buenos Aires. Efectivamente, todos los colonos habian manifestado el mayor celo en defender al gobierno español, y solo les hacia falta armas para que su decision fuese eficaz. Napoleon que no solo lo mandaba todo, sino que se hacia el ejecutor de sus órdenes en los puntos en donde se encontraba, habia ya buscado en Bayona, puerto en que se comerciaba entonces mucho con las colonias españolas, los medios de comunicacion con América. Habia descubierto una especie de barco muy pequeño y velero, cuya construccion costaba muy poco, que era casi imperceptible en el mar, por su poco velámen, y que podia sustraerse á todos los cruceros enemigos. Hizo despachar uno que existia ya, y que se construyesen otros seis, para enviarlos á la América española, cargados de armas y comunicaciones para las autoridades. Para su construccion solo se necesitaba un mes. Ha-

bia, pues, la seguridad de tener bien pronto muchos en disposicion de emprender el viage.

Por los datos y noticias recogidas en Cádiz, estaba demostrado que aquel puerto era el mejor para las expediciones lejanas, porque aproximándose los buques á la costa de Africa, y bajandola hasta la region de los vientos alisios, no tenían ya que doblar ninguno de los cabos españoles, en donde ordinariamente se mantenian los cruceros enemigos. Quiso que inmediatamente se despachase de aquel puerto una multitud de barcos pequeños, portadores como los demas de proclamas y material de guerra.

Despues de estos cuidados para hacer frecuentes las comunicaciones con las colonias, se ocupó en enviar á ellas fuerzas considerables. Mandó armamentos al Ferrol, Cádiz y Cartagena. Una parte del empréstito concedido á la España debia destinarse á este objeto, y procurar el doble resultado de regocijar la vista de los españoles con el espectáculo de una grande actividad marítima, y de preparar expediciones capaces de salvar sus posesiones coloniales. En el Ferrol habia dos navios y dos fragatas en estado de hacerse á la mar. Mandó carenar inmediatamente otros dos navios, armar aquellos seis buques, cargarlos de armas y municiones de guerra, y que estuviesen preparados para recibir tres ó cuatro mil soldados españoles que en aquel momento iban marchando hácia el Ferrol. Aquella expedicion estaba destinada al Rio de la Plata, y como algunos centenares de hombres á las órdenes del oficial francés Mr. de Liniers, habian bastado para arrojar á los ingleses de Buenos Aires, y un centenar de franceses en Caracas, pa-

ra desbaratar las tentativas del insurgente Miranda, era de esperar que el envio de semejante refuerzo seria suficiente para poner á cubierto de toda tentativa á las vastas posesiones de la América del Sud.

En Cádiz existian ya hacia largo tiempo seis navios equipados. Napoleon mandó que se completasen sus tripulaciones y víveres, y que se les agregasen otros cinco navios, que los recursos de aquel puerto, si habia dinero, permitian carenar, armar y equipar. En Cádiz se hallaban todavía cinco navios franceses y algunas fragatas, á las órdenes del almirante Rosily, restos gloriosos, como ya hemos dicho, del desastre de Trafalgar, y tan bien organizados como los mejores navios ingleses. El emperador quiso reforzar aquella division con otros dos navios, por medio de una combinacion muy ingeniosa y útil para la España. De los fondos del Tesoro de Francia, anticipó los necesarios para la construccion de dos navios nuevos en el astillero de Cartagena, puerto en que se construia mas habitualmente, porque en el de Cádiz se reservaban las maderas para las reparaciones de las escuadras. En cambio de esta anticipacion, la España debia prestar á la Francia el *Santa Ana* y el *San Carlos*, magnificos navios de tres puentes, que le serian devueltos cuando se concluyese en Cartagena la construccion de los otros dos. Napoleon dió orden al batallon de marina de la guardia, fuerte de seiscientos á setecientos hombres, que habia seguido á España á los destacamentos de la guardia, para que se dirigiese á Cadiz con las tropas del general Dupont. Ademas de estos seis ó setecientos excelentes marinos, el almirante Rosily

podia muy bien, sin debilitar su escuadra, destacar otros cuatrocientos, que el general Dupont le reemplazaria con jóvenes conscriptos de sus batallones, y con estos medios era fácil tripular los dos nuevos navíos que se tomaban prestados de Cadiz. Debían, pues, reunirse desde luego en aquella bahía siete navíos franceses, y cinco ó seis españoles que componian doce ó trece, y con los otros cinco españoles, cuyo armamento estaba decretado, un total de diez y ocho, empleados como lo veremos bien pronto, en la ejecucion de los mas grandes designios.

En Cartagena, la colocacion en astillero de los dos navíos nuevos por cuenta de la Francia, iba á reanimar las construcciones, y á hacer que volviesen á ella los obreros que se habian marchado por falta de ocupacion. Habia salido de aquel puerto una escuadra de seis navíos con direccion á Tolon, y quedaban otros dos capaces de navegar. Napoleón mandó que se equipasen inmediatamente, y que se les agregasen algunas fragatas. Previno á la escuadra de Cartagena, refugiada en Mahon, que se dirigiese á Tolon ó diese la vuelta á Cartagena. En este último puerto debia formar con los dos navíos que iban á equiparse una division de ocho velas. — Conseguid la gloria, escribia Napoleón á Murat, de haber reanimado la marina española durante vuestra corta administracion, y será el mejor medio de atraernos la voluntad de los españoles, y de motivar honrosamente nuestra permanencia entre ellos.

Ahora es preciso ver de qué modo aquellos preparativos propios para hacer que renaciese la actividad en los puertos de España, iban á concurrir con las fuerzas navales creadas ya en toda la

estension del imperio francés. Ya hemos dicho que el proyecto de Napoleon era disponer en todos los puertos de Europa, desde el Sund hasta Cádiz, desde Cádiz á Tolon, y desde Tolon hasta Corfú y Venecia, escuadras completamente equipadas, y á su lado campamentos que el regreso del grande ejército permitiria formar con las mejores tropas, á fin de arruinar y desesperar á la Inglaterra, por la posibilidad siempre amenazadora de inmensas expediciones á todos los paises, la Sicilia, Egipto, Argel, las Indias, la Irlanda, y aun la misma Inglaterra. Este es el caso de mostrar en qué estado se encontraban aquellos proyectos, y lo que iban á llegar á ser por la reunion de la España y de la Francia bajo una misma autoridad.

La expedicion de Corfú, destinada principalmente á Sicilia, tuvo que superar muchos contratiempos, pero habia dominado el Mediterráneo durante dos meses, desde el 10 de febrero hasta el 10 de abril. El almirante Ganteaume, salió, como se ha visto, de Tolon el 10 de febrero con las divisiones de aquel puerto y del de Rochefort, compuesta de diez navíos, dos fragatas, dos corbetas, una urca, y sufrió en la noche del 11 una tempestad horrible. Dispersóse la escuadra y no pudo volver á reunirse. Con el navío de tres puentes, el *Comercio de París* y la division de Rochefort, se mantuvo en el mar, dobló la Sicilia y se presentó á la vista de Corfú, en donde entró el 23. El contra-almirante Cosmao, con cuatro navíos, dos fragatas y dos urcas, habia surcado los mares de Sicilia para reunirse con el almirante; en seguida tocó en el cabo Santa María, punto de reunion que

se le habia señalado en la estremidad de la tierra de Otranto, y en vez de entrar en Corfú, en donde hubiera encontrado el resto de la escuadra, se retiró al golfo de Tarento por la noticia falsa de la aproximacion de una escuadra inglesa. El almirante Ganteaume, que salió el 25 de febrero de Corfú en busca de la division Cosmao, hecho el juguete de los vientos por una espantosa tempestad de diez y nueve dias, encontró por fin á su lugar-teniente el 13 de marzo, y volvió á Corfú con sus diez navios, sus dos fragatas, las dos corbetas y una de las urcas. Dejó allí viveres y municiones en considerable cantidad, y reforzó la guarnicion hasta seis mil hombres. Se preparaba á penetrar en el estrecho de Mesina para conducir tropas francesas á Sicilia, cuando José le envió aviso de que el almirante inglés Stracham se encontraba en Palermo con diez y siete navios: entonces tomó el partido de dar la vuelta á Tolon, dejando en Corfú sus fragatas con viveres frescos, y llevándose la *Pomona* y la *Paulina*, que habian agotado todos sus recursos y gastado su equipo por su prolongada permanencia en aquella isla. Sorprendióle el mal tiempo del equinoccio, y no pudo entrar en Tolon hasta el 10 de abril.

Aquella expedicion de dos meses, aunque muy contrariada por los temporales, habia sin embargo servido de suma satisfaccion al emperador, y quiso que en todos los periódicos del imperio se prodigasen los mas pomposos elogios al almirante y sus oficiales. Se persuadió de que con un poco mas de osadia y practica, sus almirantes podrian acometer grandes empresas. Mandó que inmediatamente se carenasen los navios del almirante Gan-

teaupe, que tenian excelentes tripulaciones y dos buenos oficiales, los contra-almirantes Cosmao y Allemand; que se hiciesen á la mar el *Austerlitz*, el *Breslaw* y el *Donauwerth*, y que se les reuniesen dos navios rusos refugiados en Tolon, cuya cooperacion habia estipulado con el gobierno de Rusia. Decretó una nueva leva de marineros en las costas de Provenza, Liguria, Toscana y Córcega, y que se les agregasen algunos conscriptos para tripular aquellos tres nuevos navios. Mandó que se habilitasen como urcas muchas fragatas y barcos viejos, para poder embarcar en ellas veinte mil hombres y ochocientos caballos. Si la division española de Cartagena se dirigia desde las Baleares á Tolon, debia aumentar en una tercera ó cuarta parte los medios de transporte.

Acabamos de hablar de los preparativos que se habian mandado hacer en Cartagena y Cádiz. El general Junot encontró en Lisboa dos navios en disposicion de navegar, y otro en astillero á punto de botarse al agua. Napoleón le envió algunos oficiales y marineros, y le mandó que alistase á los marineros daneses, portugueses y españoles que se encontrasen sin ocupacion en Lisboa, para que tripulasen aquellos tres navios. Reunida esta division francesa á la del almirante ruso Siniavin, que constaba de nueve navios, debia subir al número de doce.

Napoleón habia reemplazado en Rochefort á la division Allemand con cuatro navios recién botados al agua. En Lorient tenia á otra division de tres navios nuevos, á que se iba á agregar el *Veterano* con varias fragatas y urcas: dispuso que en aquel puerto se preparasen medios de embarque para cuatro



ó cinco mil hombres. En Brest quedaban de la antigua escuadra siete navíos en buen estado. Mandó que se les reunieran fragatas y ureas, que no tenían cañones mas que en una batería, y que podían recibir á bordo en corto número de buques unos doce mil hombres: el almirante Villaumez debia mandar aquella escuadra.

En fin, existían tambien nueve navíos nuevos que habian bajado de Amberes á Flesinga, sin contar una docena que se estaban construyendo, de los que algunos iban ya á botarse al agua. Napoleón mandó que una parte de las tripulaciones de Boloña se organizase en batallones de marina, que sirviesen alternativamente en mar y en tierra, y fuesen capaces de montar los navíos de alto bordo. Reducida la escuadrilla á lo que la rada de Boloña podia fácilmente contener, era todavía bastante considerable para trasportar ochenta mil hombres en dos ó tres viages. En el Texel, el rey Luis tenia ocho navíos prontos, y destacamentos de tropas holandesas.

De este modo Napoleón podia disponer de cuarenta y dos navíos armados y equipados, de veinte españoles, corrientes ó próximos á estarlo, diez holandeses, once rusos en los puertos de Francia, otros doce rusos en el Adriático, y además uno ó dos pertenecientes á la Dinamarca. Lisongeábase de construir otros treinta y cinco navíos en el resto del año, doce en Flesinga, uno en Brest, cinco en Lorient, cinco en Rochefort, uno en Burdeos, uno en Lisboa, cuatro en Tolon, uno en Génova, uno en Spezzia, y tres ó cuatro en Venecia. Estos treinta y cinco navíos, que se hallaban ya medio construidos, debían elevar el número de

buques de la marina de Napoleón á ciento treinta y un navíos de línea, y su proyecto era situar siete mil hombres en el Texel, veinte y cinco mil en Amberes, ochenta mil en Boloña, treinta mil en Brest, diez mil entre Lorient y Rochefort, seis mil españoles en el Ferrol, veinte mil franceses en los alrededores de Lisboa, treinta mil junto á Cádiz, veinte mil en las inmediaciones de Cartagena, veinte y cinco mil en Tolon, quince mil en Reggio y quince mil en Tarento. Con ciento treinta y un navíos de línea, y cerca de trescientos mil hombres, prontos siempre á embarcarse en un punto ú en otro, los ingleses debían estar en continua alarma.

Mientras se completaba este gran desarrollo de fuerzas, Napoleón calculaba que los ingleses deberían tener diez navíos en el Báltico para vigilar á los rusos, y las operaciones de la Finlandia; ocho para observar las escuadras preparadas en el Texel y en las bocas del Mosa; veinte y cuatro para oponerse á los ocho ó diez de Flesinga, á los siete de Brest, los cuatro de Lorient y los tres de Rochefort; cuatro para oponerse á la expedición del Ferrol, doce para el armamento de Lisboa, veinte para el armamento de Cádiz, veinte y dos ó veinte y cuatro para el de Tolon, lo cual exigía un total de ciento dos navíos, sin contar las fuerzas necesarias en América, en las Indias, y en todos los mares del globo, y era un esfuerzo ruinoso para la Gran Bretaña, si se la condenaba á continuarle durante dos ó tres años.

Sin embargo, Napoleón no queria limitarse á una simple amenaza, por alarmante y costosa que pudiera ser á la Gran Bretaña, y pensaba sacar de